

Hoy celebramos la Fiesta de la Sagrada Familia, y me pregunto cuántos de nosotros pensamos en la Sagrada Familia como una verdadera familia humana y, por lo tanto, como un modelo para nosotros. Me pregunto si nuestra celebración de Nuestra Señora de Guadalupe y de la Navidad con la «Gloria a Dios» de los ángeles y la venida de los tres reyes magos nos deslumbra tanto que podemos pensar sólo en la divinidad de Jesús y en la santidad de su madre. Nunca olvidaré yo la respuesta de una joven hace unos cuarenta años durante una clase de educación religiosa. Era una estudiante de último año de secundaria. Pregunté, «¿Quiénes son las tres personas de la Trinidad?» Antes de que alguien más pudiera hablar, ella rápidamente respondió, «Dios el Padre, María la Madre, y Jesús el hijo». Ella acababa de deificado a la Virgen y negó el Espíritu Santo. Si pensamos en la Sagrada Familia como una familia fuera-de-este-mundo, entonces esta familia no puede ser un ejemplo para nosotros que vivimos en este mundo. Es porque esta familia es una familia ordinaria y pobre, pero una familia fiel a Dios, que la Iglesia nos da esta celebración.

¿Qué, entonces, podemos aprender de la Sagrada Familia? Ellos eran devotos en la práctica de su fe. Como una familia ordinaria, José y María fueron con el niño Jesús al templo para ofrecer el sacrificio requerido después del nacimiento de un niño. Según los libros de Éxodo y Levítico, ellos debían traer un cordero. Como leemos en capítulo doce de Levítico, «Si la [familia] no puede ofrecer una res menor, ofrecerá dos tórtolas o dos pichones, uno como holocausto y otro como sacrificio por el pecado; el sacerdote hará expiación por ella y quedará pura» (Levítico 12:8; ver también Éxodo 13:12-13). María y José tomaron «un par de tórtolas o dos pichones». Fue sólo después de que ellos «cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, [que] se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret». Además, el Evangelio según san Lucas nos dice, «Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua . . . , pues así había de ser» (San Lucas 2:41-42). Ellos estaban siguiendo la sagrada tradición como está registrada en el libro de Deuteronomio 16:5-7:

No podrás sacrificar la Pascua en ninguna de las ciudades que Yavé te dará, sino sólo en el lugar elegido por él para morada de su Nombre. Sacrificarás la víctima de la Pascua por la tarde, a la puesta del sol, a la hora que saliste de Egipto.

Para ir de Nazaret a Jerusalén no era un viaje fácil o rápido, ya que era aproximadamente ciento veinte millas de la una a la otra. Sin embargo, la familia probablemente fueron tres veces cada año, puesto que ir allí para celebrar dos fiestas adicionales fue requerido. Además, San Lucas nos dice que Jesús «el sábado fue a la sinagoga, como era su costumbre,» sin duda como había hecho cuando era un joven en la casa de sus padres (San Lucas 4:16).

María y José le enseñaron al niño Jesús no sólo por ejemplo sino por palabra y ejemplo. La educación desde el nacimiento era la responsabilidad de los padres de enseñar a sus hijos acerca de la moral, la fe, y los valores. Comenzando a la edad de cinco años, los niños judíos fueron enseñados formalmente por los sacerdotes o los escribas. Los niños debían memorizar el Antiguo

Testamento e incluso los comentarios sobre él.¹ Que Jesús había aprendido y, aprendido bien, fue atestiguado por San Lucas cuando escribió, «El niño crecía y se desarrollaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios permanecía con él» (San Lucas 2:40) y, cuando él discutía con los ancianos en el templo, «Todos los que le oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas» (San Lucas 2:47). Además, María y José le había enseñado respeto y obediencia, ya que aprendemos que, después de que sus padres lo encontraron en el templo, «Jesús entonces regresó con ellos, llegando a Nazaret. Posteriormente siguió obedeciéndoles» (San Lucas 2:51). Pero esto es el último tiempo que oímos algo sobre José. Según la tradición él murió poco tiempo después.

También María y José le permitieron a Jesús la libertad de crecer y desarrollar la independencia: se le permitió relacionarse libremente con los parientes en el viaje hasta y desde Jerusalén. Ésta fue la razón por la cual sus padres creyeron que «estaba con la caravana [para que] caminaron todo un día [antes de que comenzaron] a buscarlo entre sus parientes y conocidos» (San Lucas 2:44). Y Jesús se sorprendió de que ellos no sabían dónde él estaría y lo que él haría: «Él les contestó: «¿Y por qué me buscaban? ¿No saben que yo debo estar donde mi Padre?»» (San Lucas 4:49). En el momento en que se convirtió en un adulto, María había llegado a darse cuenta de él como un adulto excepcional, ya que en Caná ella les dijo a los sirvientes, «Hagan lo que él les diga,» pero observen que hablaba sin un indicio de duda de que él haría lo que ella pedía (San Juan 2:5).

Jesús claramente honró a sus padres, y estaba preocupado sobre el cuidado de su madre. En su crucifixión, Jesús «dijo a la Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Después dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa» (San Juan 19:26-27).

Que los padres de Jesús le enseñaron su fe, su moral, y sus valores no debería ser ninguna sorpresa si recordamos lo que fue escrito sobre los ellos en los Evangelios. Cuando María fue invitada a ser la madre de Jesús, su respuesta fue, «Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho» (San Lucas 1:38), y de su padre adoptivo cuando aprendió del embarazo de María: «Su esposo, José, pensó despedirla, pero como era un hombre bueno, quiso actuar discretamente para no difamarla» (San Mateo 1:19).

Jesús, por lo tanto, no nació en riqueza terrenal y privilegio; él nació en una familia de profunda fe y fidelidad, una familia que le enseñó a su hijo la fe, la moral, y los valores. Al mismo tiempo, sus padres, sabiendo que hay un momento en el cual han cumplido su misión como padres, fueron capaces de reconocer a su hijo como un hombre que debe elegir su propio camino y construir sobre el fundamento que le habían dado a él. Ésta es la familia en cuyo cuidado Dios podía confiar a su único hijo. Al pensar en nuestras propias familias y los hijos que Dios confía en nuestro cuidado, que resolvamos, o resolvamos de nuevo, vivir en fe y fidelidad, enseñándole a nuestros hijos y nietos la fe, la moral, y los valores de nuestra fe cristiana católica.

¹ Ver https://en.wikipedia.org/wiki/Jewish_education y *American Bible Society Resources*, <http://bibleresources.americanbible.org> por los ejemplos.